

ASTURIAS Y ESPAÑA EN EL PENSAMIENTO DE JOVELLANOS

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Sabino Fernández Campo *

No es tan malo cumplir muchos años, porque la otra alternativa es sin duda más desagradable. Lo que sucede es que, ante la reducción de los plazos que se nos presentan por delante, nos entra la prisa por cumplir algunos deseos pendientes de convertir en realidad.

Y a mí me apetece hablar en esta Real Academia de mi paisano Don Gaspar Melchor de Jovellanos, ilustrado gijonés del que los asturianos nos sentimos orgullosos.

Sin exagerar demasiado, sí podemos reconocer que vivimos tiempos en que se producen algunas complicaciones políticas que debemos superar entre todos, tal vez tratando de repetir aquel consenso que nos permitió, hace más de veinticinco años, dotarnos de una Constitución que ha venido rigiéndonos, gracias a que se comprendió la necesidad de encontrar puntos de unión, a base de sacrificar cada uno alguna parte de sus ideas, sus sentimientos o sus deseos.

No quisiera yo abordar directamente un tema que pudiera considerarse delicado y que constituye tal vez uno de los problemas creados por la Constitución y no resuelto definitivamente y felizmente. Por eso lo trataré tan sólo imaginando lo que

* Sesión del día 1 de febrero de 2005.

hubiera pensado sobre él una ilustre personalidad desaparecida hace muchos años, pero cuyas ideas podrían inspirarnos a través del tiempo transcurrido.

En consecuencia pretendo hablar de *«Asturias y España en el pensamiento de Jovellanos»*.

Y si voy a referirme principalmente a mi tierra asturiana, lo hago aquí con la esperanza de que se puedan aplicar a España entera mis reflexiones sobre Asturias.

Reconozco que es muy arriesgado atreverse a efectuar algunas consideraciones sobre Jovellanos, cuando son tantos los libros, estudios y artículos que han visto la luz en los que se analizan los más variados aspectos de su personalidad y de su obra.

A la cabeza de todos los autores, hemos de colocar a José Miguel Caso González, del que tuve el honor de ser amigo y que ha dedicado a Jovellanos completísimos y documentados escritos.

No es fácil, en consecuencia, encontrar un tema original. Pero voy a intentarlo con sencillez.

Porque se me ocurre a veces lanzar la imaginación sobre la forma en que un personaje tan importante de la Historia, como es Don Gaspar Melchor de Jovellanos, hubiera juzgado alguno de los problemas importantes que afrontamos en los tiempos modernos y la posible interpretación de sus ideas con respecto a situaciones presentes. Pero el procedimiento es delicado porque hay nuevos factores que pueden distorsionar los criterios defendibles en el pasado y no eficaces en la actualidad.

Es cierto que el carácter de los hombres, sus sentimientos, sus pasiones, sus virtudes o sus defectos, tienen un fondo de permanencia. Pero no lo es menos que las circunstancias, el ambiente, los progresos o los descubrimientos hacen variar, sin duda, este carácter a través de los años.

Hay, sin embargo, ciertas características de las personas destacadas, que se conservan y mantienen, y que por su significación pueden servirnos, no para referirlos al presente, sino valorarlas en el pasado como ejemplo de conducta. Por eso, tal vez sea oportuno, siguiendo un camino contrario, no imaginar lo que el personaje haría hoy, sino la forma en que ese hoy puede analizarse desde la perspectiva del ayer y el carácter de quien lo vivió.

Desde este punto de vista me gustaría especular sobre el sistema autonómico recogido en la Constitución española de 1978 y con arreglo a los afanes separatistas e independentistas que se manifiestan en determinadas regiones de nuestro país. Al mismo tiempo intentaré descubrir en la personalidad de Jovellanos los signos que le puedan identificar con su condición de asturiano y la posibilidad de aplicar a los presentes problemas, aquellas características suyas.

Todo ello para referirlo a la legalidad del sistema autonómico que la Constitución proclama.

Un sistema que no deja de ofrecer dificultades y que nos obliga a meditar sobre sus ventajas e inconvenientes.

Porque lo cierto es que las amplias concesiones otorgadas a las Autonomías, la actitud de algunas de ellas y las aspiraciones de todas en diversos aspectos, han dado lugar a complejidades crecientes que distorsionan la figura del Estado y pueden suponer amenazas peligrosas para la unidad e integridad de la Nación española.

Sería presuntuoso por mi parte juzgar los aciertos y los errores del sistema autonómico introducido en nuestra Constitución, aunque todos podemos tener nuestro propio criterio y el derecho a expresarlo.

Pero sin pretender echar más leña al fuego en este tema sobre el que debe meditarse en profundidad e intentar una mayor armonía, no puedo por menos de recoger opiniones que se manifiestan con frecuencia.

Así los gastos inmensos que han hecho endeudarse hasta cifras alarmantes a las Autonomías; la duplicidad de cargos y la proliferación de funcionarios; las diferencias de criterio y el abandono de la objetividad para olvidar la necesidad de compensaciones entre aquéllas, de acuerdo con las circunstancias especiales de cada una; las dificultades que surgen cuando el Gobierno de una Autonomía no está en manos del mismo partido que el central o, por el contrario, incluso la coincidencia política que pueden inclinar a la concesión de preferencias, junto a muchos otros matices que sería prolijo reseñar con detalle, pero que se disparan cuando aparecen actuaciones terroristas, son condiciones que pueden alertarnos en cuanto a la perfección de un sistema que se ha desarrollado escapándose de las manos y con difíciles posibilidades de rectificación, limitación o vuelta atrás.

Podemos preguntarnos si esta situación no tiene bastante de anormal, cuando las tendencias mundiales se dirigen a la necesidad de integraciones cada

vez más amplias, dentro de una globalización que tampoco será perfecta, si no se sujeta a las necesarias limitaciones.

Es evidente que vivimos en un mundo cada vez más interrelacionado, donde es necesaria la cooperación y la colaboración progresivamente más extensa, por encima de ideas de imposible autosuficiencia o de sistemas autárquicos.

Crecientemente dependemos unos de otros ante una globalización en contra de la que algunos arguyen sus críticas al pensar que se globaliza la riqueza y el poder sin tener en cuenta la globalizada que están la miseria y la pobreza.

Las crisis toman caracteres contagiosos y, por otra parte, se forman bloques de intereses que tal vez pueden constituir motivos de alarma para el futuro, pero que se muestran incontenibles.

Las distancias parecen cada vez más cortas, por los progresos de los medios de comunicación, de transporte y de información. Es difícil bastarse a sí mismo, tanto en el aspecto individual como en el colectivo, en el regional o en el internacional. Pero esa realidad no puede significar que renunciemos al propio esfuerzo para esperarlo todo de los demás. El maná fue un milagro que no se repite resignándose a esperar que vuelva a producirse, procedente de un Gobierno central, de una Comunidad Europea o de los poderosos Estados Unidos que repitieran el plan Marshall, en lugar de entregarse a *«guerras preventivas»*.

En la modestia de cada esfuerzo, todos son necesarios para conseguir las uniones cada vez más amplias que nos coloquen en el camino de la deseada felicidad.

Y así, ni las autonomías pueden esperarlo todo de las ayudas centrales o internacionales, ni los individuos con lo que consigan de sus peticiones.

Hay que colaborar con decisión, esfuerzo y sacrificio, pensando también en las generaciones que nos siguen y que no pueden sujetarse a las mismas condiciones que la actual. Hay que superar pesimismo y desánimos y buscar con ilusión iniciativas, soluciones y beneficios.

El negativo verso de otro paisano mío, Campoamor, no debe servirnos de alivio en el infortunio o en las dificultades. Decía Don Ramón:

*«Tengo un consuelo fatal
en medio de mi dolor:
Que estando todo tan mal
ya no podrá estar peor».*

Pero no podemos admitir ese conformismo resignado, contra el que había luchado Jovellanos.

Ante esta situación, surge el recuerdo de su pensamiento. Pocos hombres públicos han amado más a su localidad natal, a su tierra, a sus paisanos, que el ilustrado gijonés al volcar todo su planteamiento de la reforma nacional sobre su propia región, pero con un espíritu tan amplio que por primera vez en muchos siglos Asturias conectaba con España de tal forma que lo puramente regional pasaba las barreras montañosas para tomar parte activa de un todo más amplio. Tiene mucha razón Caso cuando dice que una de las lecciones de Jovellanos más interesantes para nuestro mundo actual es el engarce de lo local con lo regional y de lo regional con lo nacional.

En esta relación, en esta compatibilidad, en la conjunción armónica de los intereses, en evitar la exclusión del sentido nacional, debe estar la solución de los problemas que las actuales Autonomías presentan. Jovellanos jamás perdió de vista esta relación y por eso no se detuvo en lo local ni en lo regional, sino que supo ver siempre los problemas y las soluciones en función de lo nacional y viceversa.

La actitud de Jovellanos es un modelo a tener en cuenta en estos momentos un tanto confusos sobre las relaciones entre regiones y Nación. Jovellanos no sólo se preocupó y escribió sobre problemas asturianos, sino que tomó parte activa en su solución desde las tres perspectivas mencionadas: la local, la regional y la nacional. Y siempre manteniendo la identidad de cada esfera, sin renunciar a sus características y peculiaridades. Sin perder las respectivas fisonomías.

Era el talante de un hombre que constituía un ejemplo de amor y dedicación a Gijón, su pueblo natal, a su Región Asturias y a su patria España.

Es posible que en aquella época de acusado centralismo, fuera el ilustrado asturiano el primero que planteó, salvando todas las distancias, algo que se parece a la España de las autonomías; pero sin ningún propósito independentista, sino para conseguir, dentro de la unidad de la Nación, una gestión más próxima, interesada y eficaz de determinados asuntos de las regiones, de las provincias o incluso de las entidades municipales, para que pudieran administrar ciertos recur-

sos y ejecutar algunas obras con un celo basado en un mayor conocimiento de causa para producir mejores resultados.

Y así se refiere concreta y limitadamente al impuesto de la sal, para asegurar mejor la economía y la fidelidad de la inversión, pues son las provincias las más interesadas. De esta forma se descargaría también —pensaba Jovellanos— la atención de los Ministerios, por una parte saturados de temas a resolver y por otra llevados a cabo por funcionarios menos preocupados por las soluciones.

No deja, tampoco, de hacer mención a casos de malversación que generan desconfianza general, a veces tan injustificada como injuriosa, pero siempre preocupantes.

La propuesta de Jovellanos, formulada entre 1792 y 1794, es atrevida y revolucionaria, pero estaba muy lejos de sugerir con ella una división, sino que se limitaba a reducir prudentemente el centralismo exagerado, en aras de una mayor eficacia.

Era precisamente la acumulación de esfuerzos regionales y locales la que pretendía condujera a una mayor prosperidad de España en su conjunto. Porque el programa de Jovellanos es globalizador, ya que descubre la necesidad de estudiar algo así como un plan de desarrollo regional, a medio y largo plazo, que integrara el progreso general de la Nación.

Sobre la base de esta idea global, en las cartas del viaje a Asturias, por ejemplo, plantea con un concepto generalizador el desarrollo de la economía, unido estrechamente con el avance en el mismo sentido de la economía nacional, y las soluciones han de sujetarse, según él, a este enlace de los distintos elementos, sin aislarlos ni oponerlos entre sí.

En el análisis de los medios para promover la felicidad del Principado, sus consideraciones van, desde exponer lo que es el verdadero patriotismo, hasta señalar la necesidad de conocer detalladamente la realidad de la región, con la perspectiva general del conjunto de España, en el que aquélla tiene que estar incluida.

Existe, pues, en el pensamiento de Jovellanos una conexión indisoluble y preferente entre su región y su patria, sin abandonar la idea de que todas las regiones de la nación deben coordinarse para lograr el progreso total, producto de la colaboración y conexión de sus partes inseparables.

Por eso también se preocupa de las comunicaciones, para que esa integración de las regiones, con sus variedades peculiares, se vea facilitada al superarse los aislamientos y el defecto de encerrarse en sí mismas.

Pero Jovellanos preconiza también la atención a los propios problemas y a los intereses específicos. *«Hasta cuándo hemos de dormir olvidándonos de nuestros más preciosos intereses»?*, se pregunta.

Su criterio más firme es que no olvidemos los caminos que nosotros y no los ajenos, debemos recorrer para relanzar la deprimida Asturias de su tiempo. E insiste constantemente en el tema de la educación, en centros adecuados, pues la considera la base del progreso de Asturias, de las demás regiones y de España, en un conjunto armónico, sin afanes de independencia ni de segregación.

Y en 1802, en la Cartuja de Valdemosa, sigue con sus sueños y suspira por la paz, con la esperanza de que se acaben para siempre, tanto las controversias internas, como los horrores de la guerra, y empieza a establecerse un tiempo de fraternidad mundial, así como un Consejo general para establecerla y conservarla.

Una idea que aun estando muy lejana, como una ilusionante utopía, parece anticipar la ONU de nuestros tiempos, pero con una mayor autoridad y eficacia.

Desde el interés y el amor por su rincón asturiano, aspira a una España unida por la colaboración de todas sus regiones y de todos sus hombres, extendida a una confederación de naciones y sociedades que sea digna de los altos destinos para los que la señaló el Creador.

Han pasado muchos años, Jovellanos no podía contemplar en su época los problemas que en la nuestra nos preocupan; pero sus ideas, trasladadas a través del tiempo nos sirven aún de base para que sus pensamientos sobre Asturias —tal vez deprimida y pesimista—, sobre España —que aún debe perfeccionar el sistema de las Autonomías— y aun sobre el mundo entero, siempre conmovido y revuelto, nos sirvan de recuerdo y de inspiración para abordar situaciones modernas.

Es importante rescatar el recuerdo de Jovellanos de los intentos de las derechas y de las izquierdas para incluirle en sus campos respectivos. Por fortuna, el ilustre asturiano estaba, y su recuerdo seguirá estando, por encima de unas y de otras, como un personaje extraordinario de mente clara y de conducta noble.

Él aspiraría —y nosotros deberíamos aspirar— a conseguir una organización autonómica limitada y prudente, sin enfrentamientos ni aspiraciones desbordadas de obtener insaciablemente las ayudas del Gobierno central, sin propósitos independentistas ni disgregadores, sino referidas a la atención, estudio y resolución de los problemas más próximos con mayor efectividad, sin deseos descentralizadores con respecto a las cuestiones generales que necesitan una autoridad central distribuidora con justicia y equidad compensatoria sobre bases objetivas, por encima de intereses políticos del momento o de ambiciones subjetivas.

Y, como es natural, mucho menos apoyadas en acciones violentas o en atentados terroristas, con propósitos desintegradores de una unidad lograda a través de los siglos. Sin intentar tampoco apoyarse exageradamente en derechos históricos superados ni en falsos argumentos egoístas.

Pero es significativo que esta posición y estas ideas de Jovellanos reflejan también el de sus paisanos, amantes de su tierra, pero alejados de aspiraciones separatistas o independentistas, para sentirse integrados en el concepto nacionalista de una España única e indisoluble.

No hace mucho tiempo me pidieron un artículo para una revista y en él mencionaba —no me importa repetirlo ahora— el viejo lema de un periódico ovetense al que me sentía muy vinculado. Era el diario *Región*, hace años desaparecido, que bajo su cabecera incluía una frase siempre repetida. Decía así: *«El amor a Asturias no excluye, antes fortalece, el amor a España»*.

Siempre lo tengo grabado en mi mente porque a través de los años transcurridos, sigue manteniendo una permanente vigencia. Pienso que esa breve afirmación, que muy bien pudiera ser de Jovellanos, refleja perfectamente el carácter asturiano, nuestros sentimientos y el espíritu que nos anima. Debemos celebrar que cuando el sistema político de las Autonomías origina ciertas complicaciones, en Asturias no existan problemas de esa clase, aunque nos enfrentemos con otros más o menos graves, pero superables con buena voluntad y esfuerzo.

Porque los asturianos, que queremos entrañablemente a nuestra tierra, nos sentimos integrados en una España que contribuimos a formar y también llevamos con inmenso cariño en lo más profundo de nuestra alma. Como decía la sentencia del antiguo periódico, esos dos amores son perfectamente compatibles y se refuerzan mutuamente.

Así lo sentía Jovellanos, el gran patriota que escribía: *«Las glorias y antiguos timbres del Principado, las ventajas de su constitución particular, sus privile-*

gios, usos y antiguas costumbres, la variada y hermosa amenidad de su terreno, el genio vivo y alegre, y las sencillas inclinaciones de sus naturales, todo contribuye a hacer más intenso esta especie de amor a la patria, que los corazones asturianos tienen en un grado eminente».

Pero yo no hablo —añadía— de ese amor patrio, que es alguna vez injusto, y por lo común estéril e ineficaz. Hablo sí de aquel noble y generoso sentimiento que estimula al hombre a desear con ardor y a buscar con eficacia el bien y la felicidad de su patria tanto como el de su misma familia; que le obliga a sacrificar no pocas veces su propio interés al interés común; que uniéndole estrechamente a sus conciudadanos e interesándole en su suerte, le aflige y le conturba en los males públicos y le llena de gozo en la común felicidad. Hablo, finalmente, de aquella virtud que en los buenos tiempos produjo a España tantas glorias, tantos héroes y tantos célebres patriotas».

El sentimiento del patriotismo auténtico e integrador de Jovellanos, tiene que luchar a veces con egoísmos y vanidades, con ignorancias y carencias en la educación. Por eso el ilustrado gijonés lucha —ya lo he dicho antes— para favorecer la cultura como base del desarrollo y del progreso. Es en este sentido un verdadero revolucionario que pretende acabar con tradicionales vicios e intolerables atrasos, para conseguir el progreso y la modernización. Pero no es un revolucionario explosivo y violento, que proclama la lucha para conseguir cambios radicales, sino el innovador consciente que con prudencia y sabiduría trata de lograr una revolución lenta y pacífica en su querida Asturias, dentro de su España amada. Representa, en definitiva, la evolución frente a la revolución.

Este fue el espíritu que inspiró la vida de Jovellanos, siempre entregado al desarrollo de esas virtudes que son la educación, la instrucción y la cultura, como base y fundamento del lugar de su nacimiento, de su región y de su patria, con perfecta identificación y complemento.

Jovellanos, revolucionario pacífico y metódico, que no tenía aspiraciones políticas aunque hubo de desempeñar importantes puestos de la gobernación del Estado y sufrió las consecuencias de una política de atroz despotismo, de ignorancia y de inmoralidad, quería para España una evolución política que acabase dándole la libertad que los tiempos reclamaban; pero dado que renuncia a los procedimientos violentos y teniendo en cuenta la fuerza del oscurantismo en su patria, reforzado en los últimos tiempos del reinado de Carlos IV, estaba claro que esa evolución tenía que ser lentísima.

Como dice Manuel Fernández Álvarez en una biografía: *«Igual que Jovellanos aspiraba a que el país —empezando por su amada Asturias— prosperase y se pusiera al nivel científico, educativo y económico de Europa occidental, de igual forma quería algo análogo en el campo de la política. De hecho, todos estos campos estaban muy interrelacionados».*

Si a veces da la sensación de que el ilustre gijonés no es demasiado arriesgado en la decisión y en ocasiones no es prudente confiar demasiado en la prudencia, lo cierto es que tomaba aquélla de una manera clara y determinada, aunque el desarrollo tuviera que ser hábil y paulatino. La empresa era arriesgada y mucho se ha escrito ya sobre sus esfuerzos, sus peligros y sus funestas consecuencias para el personaje.

Fue un estadista honesto de corte liberal que intentó buscar una salida lúcida al despotismo ilustrado en el que se había formado y que por muy ilustrado que fuera no dejaba de ser despótico.

Pero a mí me interesa incidir en su amor a Asturias y en su amor a España, en amalgama perfecta, que quisiera extender al carácter de los asturianos de ayer y de hoy.

Asturiano por los cuatro costados, jamás consideró a Asturias alejada de España e independiente de sus problemas.

Su querido *«rinconin»* de Gijón, su escondite, su *«llugarin»*, del que no hubiera querido salir, pero que dejó para servir a España, y al que volvió gozoso y agotado, está siempre en su mente y en su corazón. Es su refugio provinciano en la Asturias de las majestuosas montañas, la de los frondosos bosques, la de los valles amenísimos *«de verde frescor llenos»*, la del mar bravío... Y surge en sus escritos la mejor poesía, muy superior realmente a la que intenta proyectar en sus versos.

Pero, sobre todo, Jovellanos fue un patriota grande de la patria chica. Y cuando fue preciso, un patriota excelso de la patria grande.

Esta es la lección que quisiera pudiera desprenderse de mis palabras de hoy, para ejemplo de unos tiempos en los que, como antes he dicho, nos debatimos entre problemas autonómicos o independentistas, a veces subrayados por la violencia terrorista.

Al ser Don Gaspar Melchor de Jovellanos el protagonista, por decirlo así, de mi intervención de esta tarde y Asturias su región —que por cierto es también la mía— resulta natural que me refiera a su autonomía presente, aunque sólo sea como símbolo de otras que en España tienen unas características muy semejantes y en las que no se plantean problemas separatistas ni tensiones violentas.

En la combinación de los intereses regionales con los nacionales no es aconsejable contar tan sólo con la ayuda que éstos puedan prestar a aquéllos. No son justificables las permanentes solicitudes formuladas en todos los sentidos y naturalmente en el económico. Es preciso —y así lo pensaba Jovellanos— esforzarse en resolver los propios problemas, con dedicación y esfuerzo, aunque no dejen de estar relacionados con los de la nación en su conjunto. Como él afirmaba, *«en los países aplicados e industriosos nada huelga. Los valles, los montes, los cerros y hasta las duras peñas, todo se aprovecha, todo produce y fructifica»*.

No debemos desterrar el orgullo, el amor propio de saber resolver nuestros asuntos, nuestras cuestiones caseras, trazar planes y crear iniciativas, aunque esto no excluya la colaboración y el propósito de unidad concertada, sin que ninguna de las partes se limite a intentar vivir a costa de otros.

Quisiera referirme también a la actitud patriótica de Jovellanos ante la invasión napoleónica de España, cuando fue miembro de la Junta provincial de Asturias para representarla en la Junta Central, en la lucha por la libertad y la independencia de nuestra patria.

Como final de estas reflexiones antiguas y modernas, pero amparado en el orgullo de un sentimiento de asturianía que nos une a cuantos nacimos en esa querida tierra, dentro del gran solar de España, quisiera compartir con mi ilustre paisano esta idea que llevo en lo más hondo de mi alma: Sentirme cada vez más español cuanto más asturiano y más asturiano cuanto más español.

Y quiera Dios que algún día podamos responder afirmativamente a la pregunta que el ilustrado asturiano se hacía en su tiempo:

*«¿No vendrá el día en que la humana estirpe,
de tanto duelo y lágrimas cansada,
en santa paz, en mutua unión fraterna,
viva tranquila?»*.

